

Ciertas mamás



A LOS 7 AÑOS

AMÁ, soy muy dichosa, pues me ha dicho el Padre que yá he llegado a la edad de hacer la Primera Comunión.

—Aún no es tiempo, hija mía. A los siete no se comprende la importancia de ese paso.

—Pero, mamá, el Santo Padre nos permite hacer a esa edad la Primera

Comunión.

—¿Y te figuras tú que el Papa, ese viejecito encerrado en el Vaticano, habrá de conocer mejor que nosotras las madres a las niñas modernas?... No puede ser. Además, no debo autorizarte todavía a que recibas la Comunión, y eso por respeto al Sacramento precisamente. ¿Te juzgas digna de recibirlo? Sería demasiada pretensión.

—Pues el Padre nos ha dicho que si hemos de esperar a hacernos dignas de tan gran don, ni por la Pascua ni en los días de la vida podremos comulgar. Según él, la Gracia es el premio de toda buena Comunión.

—¡Música celestial! A mí no me vengas con teologías y metafísicas, y creo que ese es el nombre de semejantes teorías. Y al fin de cuentas, hija mía, no te preocupes demasiado de esa Gracia y atiende un poquito más a conservar la de tu carila. Que eso es lo interesante.

A LOS 9 AÑOS.

—Mamá, ¿me permites que vaya esta tarde a confesar?

—Pues, hija, si aun no hace tres meses que estuviste

—Por eso quiero ir. A diario me lavo las manos y a cada paso me perfumó y arreglo los cabellos. ¿Te parece mucho que cada tres meses haga algo por mi alma?

—¡Confesarte!.. ¡Qué horror! . ¡Ni que hubieras robado o matado!

—Mamá no solamente se asesina a las personas y se roba dinero. Hay muchas maneras de ser asesino y ladrón. Yo no puedo menos de reconocer que he matado lastimosamente el tiempo y quitado a más de una compañera la reputación.

—Bueno, monina, te basta confesarte conmigo, como acabas de hacerlo con tanta gracia. La mamá debe saberlo todo por boca de sus hijas, y ahora yo te perdono, nenita mía, todos tus pecadillos de color de rosa.

—Según tengo entendido, los pecados suelen ser de color algo más oscuro.

—¡Bah! ¡bah! se me antoja que vas a acabar en escrupulosa.

A LOS 10 AÑOS.

—Mamá, yo querría educarme en el Colegio de las Hermanas.

—¡No faltaba más! Con las Madres se malgasta el tiempo, unas veces para preparar alguna recepción al Obispo, otras por ensayar cantos insulsos para la fiesta de la Directora; hoy que esto, mañana que lo otro, y el tiempo corre y ese tiempo es oro.

—Mamá, la música y las fiestas podrán ser insulsas, pero son muy buen medio para inculcar la moral. Te parecerán acaso mejores las tonadas y danzas que se estilán en otros colegios, siempre poco edificantes, a las veces impropios y aun indecorosos.

—Niña, vaya unas palabritas

—Sin duda, mamá, no tan repulsivas como ciertos actos.

—Siempre tiendes a la exageración, y si te llevase al convento se acentuaría esa tu inclinación más aún. Te pasarías el día mascullando oraciones y más oraciones. Te marearían hablándote de este mundo malvado y de la responsabilidad de cuantos descuidan su vocación. Esas monjitas dulzainas son muy expertas en el arte de quitarnos las hijas. Y no estoy por ello. Te llevaré a una escuela pública. Es lo más seguro para las mamás.

A LOS 12 AÑOS.

—Mamá, no habrás olvidado que hoy es Pascua y espero que iremos a la Bendición.

—Bueno, sí. Y la semana próxima no faltaremos a las vísperas y al rosario, te parece? No tenemos tiempo para eso.

—Lo que es la Bendición no pasa de treinta minutos. De sobremesa hemos estado discutiendo dos horas seguidas si el sombrero de Marta era mejor o peor que el de Julia. A la mañana invertimos otra hora en la elección de colonias y colores y todo el día de ayer lo perdimos en casa de aquel señor aburriéndonos con aquella charla trasnochada.

—Son exigencias de la vida social, y tú y yo no debemos ser como esas beatas que se pasan los días en el mundo rezando a todos los santos, como si no hubiera en el mundo otra cosa que hacer.

A LOS 16 AÑOS.

—Mamá, no me atrevo a decirte una cosita. Unos jóvenes me han invitado a una jira. No toman parte más que jóvenes.

—No me parece mal. Espero que te harás respetar. Yá sabes mis principios de educación: la madre no debe ser espía de la hija, sino su amiga. No opino yo como aquellos papás de tiempos idos, escrupulosos, desconfiados y perpetuos vigilantes de sus hijos, los cuales no se hacían cargo que los jóvenes necesitan reunirse sin estar en cada caso la mamá a la vista. Algunos individuos de sotana negra se figuran cosas terribles apenas ven acercarse a dos jóvenes de distinto sexo, y según sus doctrinas nunca debe haber menos de tres. Para todo echan mano esos señores de la trinidad. En cierta coyuntura oí decir a un cura pueblerino, que donde hay dos jóvenes, hay siempre un tercero: o Dios o el demonio. ¡Qué gracioso! Las costumbres de hoy día están cortados al talle de un patrón más desahogado. En Estados Unidos y en Francia se mide todo con criterio más liberal.

—Pero como no estamos allí..

—Así es, por desgracia. Vivimos muy atrasados, aunque es verdad que vamos progresando. Cuando recuerdo yo lo que éramos hace medio siglo las hijas de familia.. Todas unas beatas, siempre encerradas en casa y vistiendo con una simplicidad monjil. Gracias a Dios van cambiando las cosas. Yo estoy por el feminismo radical; soy modernista; soy de mi siglo y aun diría que del siglo venidero. No cabe duda: las antiguas estaban muy atrasadas.

—Me ocurre una idea, mamá, una idea singular.

—Como todas las tuyas. Y ¿se puede saber?

—Que de ser hombre, hubiera yo preferido para mujer a una joven de los tiempos pasados, de aquéllas de hace medio siglo...

A LOS 18 AÑOS.

—Mamá, quisiera comprarme un vestido. ¿Cuál escogerías tú?

—Debes hacer la elección de acuerdo con las conveniencias sociales. Ya sabes que soy defensora de la moral, pero no paso por parecer vulgar. ¡Antes morir! Sigamos la norma de las personas decentes y no nos metamos a dar lecciones de moral.

—Bueno, pero es el caso que se me antojan poco aceptables esos cortes que comienzan demasiado abajo y acababan demasiado arriba.

—Mira, haz que sobresalga tu juventud. Ten en cuenta que las que no están "chic" parecen más viejas de lo que son.

A LOS 20 AÑOS.

—Recordarás, mamá, que estoy invitada a un baile.

—Pues, muy sencillo, te vistes y te vas.

—Pero no olvides que allí se baila el fox-trot, el shimmy y otras danzas así.

—¿Y qué? Hay que habituarse a ver lo malo. Puedes ir tranquila, que no he de ser yo quien vaya con el cuento al confesor. Después de todo, ¿qué se le da a él? Si nosotros no nos mezclamos en asuntos de frailes y curas, justo es que en los nuestros nos dejen en paz. No puede pasar la juventud sin diversiones.

—Pero, vamos, bueno sería amoldarlas a la moral. Y ¡estos bailecitos modernos!

—Anda, anda, hablas lo mismo que una beata empedernida.

A LOS 21 AÑOS.

—Mamá, no estoy tranquila, porque estando ya en Cuaresma deberíamos guardar las vigiliat y ayunos en los días indicados. Sabes que cumplí ya 21 años.

—Y ahora salimos con esas? ¿Te propones arruinar tu salud? ¡Como que estás ya poco descolorida y encanijada!...

—A la fiesta de anoche se deberá sin duda mi palidez. Terminó muy tarde, pasadas ya las tres de la mañana.

—Pues, hija, la Iglesia es tirana al pretender que sobre estar muy fatigadas nos mortifiquemos.

—Bueno, pero mi cansancio se debe al baile. Figúrate, danzar sin descanso hasta las dos de la madrugada... Te aseguro que como la Iglesia nos obligara en tiempo cuaresmal a un baile de seis horas, menudas protestas se oirían en el "Gran Mundo"!...

—¿Sabes que te has levantado hoy muy cotorrera?

A LOS 22 AÑOS.

—Mamá, hoy reviento de gozo y satisfacción. Tengo pensado casarme con Manolo.

—Pues yo tengo el plan de casarte con Max.

—Pero a mí no me da la gana.

—Muy tonta serás. Rico, aristócrata, guapo, de voz melodiosa, bizarro capitán y que nadie le gana a saludar con "chic". Si va a caballo, todos le contemplan con admiración.

—Más ya comprenderás, mamá, que yo no me he de casar con el salido de Max, ni con su apostura, ni con su caballo, ni aun siquiera con su dinero. Su vida ha dado mucho que hablar.

—Verdad es, y soy la primera en lamentarlo. Pero son cosas de la juventud. Si vas a esperar la llegada de un ser inmaculado... Además, la mala vida pasada es casi siempre una garantía de la futura fidelidad.

—Supongo, mamá, que no pensarías así al casarte con papá. Por otra parte, Max es un hombre sin religión.

—No te apures, yo te aseguro que la boda se ha de celebrar en alguna iglesia. Precisamente, es una exigencia de la sociedad.

—¿Y qué me hago yo con un hombre sin fe? ¿Cuál sería la educación religiosa de nuestros hijos?

—Déjate de filosofías y hazme caso.

—Bueno, sea como tú lo quieres. Pero ten presente la tremenda responsabilidad con que te vas a cargar. Y malo será que tus cuentas salgan al revés.

A LOS 23 AÑOS.

—Mamá, se cumplió mi predicción. Llevo un año casada con Max y ha tenido la habilidad de acabar con todos mis prejuicios, como los llamabas tú. Ahora soy libre y hago vida independiente. A esto llaman "smart".

—¡Smart! Hablas en griego?

—Hablo en serio. He cobrado afición a esta vida.

—Y ¿qué te propones hacer? ...

—Una cosa muy sencilla y muy natural. Me declaro por la unión libre y me separo de Max.

—¡Desgraciada! Vas a matarlo de sentimiento.

—¿Así te figuras? Pues, te engañas. Opina como yo, y vamos a separarnos como personas decentes, sin dar que hablar.

—Entonces me moriré yo.

—¡Eso se dice! Nadie se ha muerto todavía por cosa tan baladí.

—¿Y las conveniencias sociales?

—¡Música de organillo! según me decías cuando niña hablando de cosas más serias

—¿Y el honor manchado?

—Nada se me da de él.

—¿Y la religión?

—¿Ahora sales con esa? Resulta que los acontecimientos te han hecho beata. Te dije ya que Max no tenía ninguna religión.

—Pero tú la tenías.

—Es verdad. Yo tuve religión. Pero tú me la arrebataste, a fuerza de zaherirla delante de mí. Me llamabas a cada paso hipócrita y trabajaste por despertar en mí la desconfianza en los Ministros del altar. Me obligabas a vestirme a la moda, con ropas tan sutiles que daban idea de desnudez. Temblabas ante la idea de que me quedara para "vestir santos". La sola sospecha de que pudiera sepultarme un día tras cuatro rejas te quitaba el sueño. Puedes ahora vivir tranquila. Ni vestiré santos, ni me engañarán los curas, ni iré a parar a un convento. Debes sentirte enorgullecida al contemplar tu obra de educación. ¿Verdad, mamá?

—¡Hija sin entrañas! ¡Hija desalmada! Y pensar que siempre te dí buenos ejemplos!.. Probado está que ya no se encuentran buenas hijas .

—¿Que ya no se encuentran buenas hijas?

—¿Será acaso que en los tiempos que corren hay escasez de buenas madres?

G. HOORNAERT.

Traducido expresamente para ESTUDIO de la "Revista dei Giovani".

MAXIMO VICENTE

Talleres de Pintura. Escultura, Platería y Mar-
molería. Prontitud y Esmero en los Encargos

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de
Iglesia, Mausoleos, Monumentos, Bordados en oro,
Lápidas, etc.

830-34 R. Hidalgo, Manila

Tel. 3528